

En los buenos tiempos, las jovencitas se casan por amor. En los malos, muchas lo hacen por interés. Yo me casé con un preso en los peores, por dos multicopistas que nadie sabía poner en marcha. Tenía dieciocho años, y hasta que a mi hermano se le ocurrió complicarme la vida, ni siquiera sabía que existieran máquinas con ese nombre.

—¿Pero tú estás tonto, o qué? —le interrumpí a voz en grito—. ¡Sí, hombre, como si no tuviera yo ya bastantes...!

Problemas, iba a decir, pero Toñito se levantó de un salto para sujetarme la cabeza con una mano mientras me tapaba la boca con la otra.

—¡Que no chilles! —susurró, con tanta violencia como si pudiera triturar cada sílaba entre los dientes—. ¿Tienes una idea de la cantidad de policías que puede haber ahí abajo? —asentí con la cabeza, los ojos cerrados, y me fue soltando muy despacio—. Tú sí que estás tonta, Manolita.

*Señor farolero que enciende el gas, dígame usted ole por caridad, por caridad...* La voz de Jacinta, un pito agudo, ligeramente desafinado, cuya principal virtud consistía en dar a las bailaoras del conjunto la oportunidad de recogerse los volantes con una mano y enseñar las piernas mientras taconeaban como si tuvieran alguna cuenta pendiente con las tablas, resonó entre nosotros con tanta nitidez como si fuéramos invitados del comisario de Centro, que siempre contaba con una mesa reservada al borde de las candilejas, justo debajo del almacén de vestuario donde las chicas tenían escondido a mi hermano. Un instante después, se abrió la puerta y Dolores, la sastra, las tijeras

columpiándose en la cadena que llevaba siempre colgada del cuello y un dedal de plata encajado en el dedo corazón, asomó la cabeza con las cejas levantadas, los labios tensos, una expresión de alarma que Toñito deshizo enseguida, moviendo al mismo tiempo la cabeza y las manos para indicar que no había peligro. Cuando se marchó, Jacinta repetía por última vez el estribillo, *¡ay, ole con ole, y olé, y olá!*, pero ninguno de los dos movimos un músculo hasta que estallaron los aplausos.

—Escúchame —sólo entonces mi hermano, que se sabía el espectáculo de memoria, volvió a hablar—. Lo único que te pido es que me escuches.

La habitación, cuadrada, espaciosa en origen, estaba dividida por dos cortinas sucesivas de trajes de flamenca, una marea de flecos y volantes de todos los colores que colgaban de las barras de metal fijadas a las paredes. En la mitad más próxima a la puerta, donde Toñito me estaba esperando cuando llegué, sólo había una mesa y una silla, la oficina en la que Dolores llevaba la contabilidad de los trajes que iban y venían del tinte, las cremalleras que se estropeaban y los zapatos que necesitaban tapas o medias suelas. Mientras las chicas volvían a taconear para ir saliendo del escenario de perfil, una por una, mi hermano apartó con las dos manos los vestidos de la primera barra, luego de la segunda, para abrir un túnel entre los faraloes con movimientos veloces, tan precisos que cuando me encontré al otro lado de los trajes, la Palmera seguía acompañando con sus castañuelas a la última bailaora. Antes de que sus dedos descansaran, todas las perchas estaban en su sitio, Toñito sentado en una butaca y yo en un taburete, frente a él.

Al otro lado de aquella ondulante muralla de lunares de todos los colores, estaba la ventana por la que mi hermano entraba y salía a su antojo de lo que en origen no había sido otra cosa que la sala de pruebas del tablao, un escondite donde las flamencas podían desnudarse tranquilamente para probarse vestidos mientras Dolores las estudiaba con media docena de alfileres entre los dientes. Desde que terminó la guerra, aquella mitad de la habitación era, además, la sala de estar de Antonio Perales García, militante de la JSU que se desvaneció para el

mundo el 7 de marzo de 1939, y del que yo sólo llegué a saber una cosa más antes de la Navidad del mismo año.

—Está bien.

Dos semanas después de que mi hermano mayor desapareciera, cuando nos levantábamos todas las mañanas con el presentimiento de que Franco iba a entrar en Madrid sólo para acostarnos, una noche más, con una incertidumbre peor que la derrota, no reconocí a la mujer que me esperaba en el portal. Ella se dio cuenta y se quitó el pañuelo, oscuro, discreto, tan insólito como el amplio abrigo de paño que la envolvía, antes de susurrarme esas dos palabras, está bien. Con eso debería haber bastado, pero al oír su voz me quedé tan pasmada que no fui capaz de relacionar lo que veían mis ojos con lo que acababan de escuchar mis oídos, hasta tal punto me paralizó el asombro que ni siquiera acerté a asentir con la cabeza.

—Tu hermano Antonio —puntualizó ella entonces, sin levantar la voz pero pronunciando muy bien cada sílaba, como si se estuviera dirigiendo a una niña retrasada—, que está muy bien. Está conmigo.

Luego volvió a ponerse el pañuelo y salió a la calle sin despedirse sobre unos zapatos planos que habrían bastado para camuflarla, porque hasta que la vi tan cerca del suelo, aquella mañana, jamás habría imaginado que apenas fuera más alta que yo.

Eso era lo primero que llamaba la atención en ella, su forma de caminar, porque se movía con tanta gracia como una bailarina descalza sin apoyar más que las plantas de los dedos, los empeines casi verticales por obra de unos tacones finísimos que la elevaban muy por encima de su reputación. Aquel prodigio de equilibrio parecía a punto de derribarla en cada paso, pero la mantenía erguida a costa de desplazar rítmicamente sus caderas, chin, chan, a un lado y al otro, para crear una ilusión de inestabilidad perturbadora que repercutía en todo su cuerpo, los pechos bamboleándose al compás que las piernas marcaban al avanzar, con tanta fuerza que un mínimo e instantáneo temblor sacudía al mismo tiempo su trasero. Antes de la guerra, cuando se vestía para dar espectáculo, pocos eran com-

parables al que aquella mujer ofrecía gratis cada tarde, camino del trabajo.

—Joder, Eladia... —y a las ocho y media en punto, siempre que estaba en casa, mi hermano bajaba corriendo al portal, para apoyarse en la fachada y disfrutar de cerca de los efectos de la cuesta arriba sobre aquel extraordinario fenómeno de reposo y movimiento—. ¡Pero qué buena estás, hija mía!

Carmelilla de Jerez, el nombre artístico con el que la anunciaban los carteles del tablao de la calle de la Victoria donde entraba a trabajar a las nueve, tenía el cuello largo y blanco, terso y esbelto como los brazos, las piernas que nunca dejaba de mover aunque se volviera a veces a increpar a su admirador con un desprecio que sólo servía para hacerle reír.

—No me mires tanto, Antoñito, no te vayas a marear —y cuando estaba de buen humor, le insultaba y todo—. Que no eres hombre tú ni para eso.

Pero no solía estar de buen humor, y pasaba de largo por nuestro portal, el número 19 de la calle Santa Isabel, sin mover un ápice aquel cuello de emperatriz que parecía hecho para cubrirlo de collares, vueltas y más vueltas de perlas y brillantes abrazándolo por completo hasta besar su barbilla, que en otra mujer sería demasiado puntiaguda pero en su rostro ambiguo, extrañamente mestizo, resaltaba mejor que ningún carmín la carnosidad de sus labios gruesos, aquella boca exótica, dibujada con un lápiz certero, imborrable, favorecida a su vez por los pómulos marcados, las quijadas largas y huesudas de su familia materna. Nadie, tampoco ella, seguramente ni siquiera su madre, conocía con certeza la identidad del hombre que la engendró, pero al mirarla era fácil sentir la tentación de absolverle, porque había compensado su desertión con dos ojos negros, enormes, más valiosos que sus apellidos, que en otra mujer estarían tal vez demasiado juntos, en ella no. El rostro de Eladia Torres Martínez se beneficiaba de la superposición de diversos errores, todos ellos admirables, como su nariz fea, grande, ligeramente aguileña y sin embargo perfecta, hasta hermosa en aquella cara desequilibrada que extraía una armonía sublime de sus imperfecciones, el contrapunto ideal del cuerpo de hue-

sos largos y curvas pronunciadas que Toñito miraba, mientras se perdía entre el barullo de los puestos del mercado, con el orgullo de un propietario que exhibe a su yegua favorita.

—Esa está loca por mis huesos.

—¡Sí, hombre! —me burlaba yo—. Pa chasco, no hay más que verla...

Pero que aquella mujer le hubiera salvado la vida, no me habría sorprendido tanto. La que vino a buscarme en marzo de 1939, se llamaba igual y parecía la misma, pero ya no lo era. La guerra había hecho aflorar lo mejor, pero también lo peor de todos nosotros, hasta convertirnos en personas diferentes de las que habríamos seguido siendo en la paz.

En la primavera de 1936, yo no había cumplido aún catorce años, pero apenas reconocía en Toñito al muchacho que había sido una vez mi hermano mayor. Desde que ganaba su propio sueldo en el almacén de semillas que padre tenía en la calle Hortaleza, apenas venía por casa para encerrarse en el baño y salir hecho un pincel, a tiempo de ver pasar a Eladía. Después se iba por ahí, llegaba tan tarde que todas las mañanas se le pegaban las sábanas y se marchaba corriendo, sin pararse a desayunar. En teoría, era yo la que estaba creciendo, pero desde que nos instalamos en Madrid, él había crecido mucho más deprisa, por fuera y sobre todo por dentro, para atravesar de un salto, antes de plazo, la barrera que se interponía entre el jardín de los niños y la selva de los adultos. Y sin embargo, cuando ya lo daba por perdido, la guerra me lo devolvió.

No era sólo que volviera a pasar todas las tardes en casa. Era también su entusiasmo, esa energía juvenil y repentina que había pulverizado de un día para otro una lánguida indolencia de hombre guapo, la chulería risueña, extraña, que en los últimos meses enturbiaba sus ojos con un velo oscuro, cultivado en noches de excesos cuya naturaleza yo ni siquiera podía imaginar. Sus amigos del barrio, Julián el Lechero, el Puñales, el Orejas, el Manitas, venían de vez en cuando a preguntar por él y nunca le encontraban. ¡Qué tío!, solían decir, con un gesto que expresaba más admiración que envidia, cuando les decía que, una vez más, se había marchado sin decir adónde.

—Tu hijo me tiene ya hasta la raíz del pelo, mira lo que te digo... —nuestra madrastra, a cambio, apreciaba muy poco sus nuevas costumbres—. Y si es tan hombre para golfear, debería serlo también para darme su sueldo.

—¿Y por qué? —pero en este mundo no existía nada que a mi padre le gustara tanto como golfear, y por eso siempre se ponía de parte de aquel chico que cada día se le parecía un poco más por fuera, pero también por dentro—. Ya te doy yo el mío, ¿no? Déjale que la corra, María Pilar, que para eso es joven...

A partir de ahí, todo dependía del pie con el que mi madrastra se hubiera levantado aquella mañana. Porque todos sabíamos que él reservaba para sus gastos una parte de los beneficios del negocio. Y que si su mujer se atrevía a reprochárselo, era muy capaz de marcharse por la puerta para no volver a entrar en tres días. Y que Toñito le cubriría en el almacén de mil amores, los mismos con los que le absolvía él cuando llegaba a trabajar con resaca a mediodía. Por eso, María Pilar casi siempre acababa callándose, y yo pensando que nunca en la vida cometería el error de casarme con un hombre guapo.

Mi padre y mi hermano lo eran mucho, y de la misma manera. Altos, apuestos, robustos pero musculosos, ágiles y corpulentos como atletas, más atractivos que bonitos de cara, tenían los ojos grandes, dulces, el carácter en la nariz, en las mandíbulas, los labios finos. Se parecían tanto que, de lejos, hasta sus admiradoras les confundían, y tenían tanto éxito con las mujeres que algunas, como la hija de la portera, coqueteaban con los dos a la vez.

—Es un suponer, claro —me confesó un día que estaba fregando el descansillo y les vio salir juntos, bajar trotando por la escalera—, porque tu padre está casado, y es... Es tu padre, ¿no? Pero si estuviera viudo, por ejemplo, y yo tuviera que escoger entre los dos... Me resultaría difícil, no creas.

—¿Sí? —y me quedé mirando aquella cara de pánfila—. Pues yo creo que en tu caso sería bastante fácil, Luisi...

Me guardé para mí la segunda mitad de la frase, porque precisamente tú no tendrías nada que hacer con ninguno de los dos, pero ella la entendió lo suficiente como para devolvérmela.

—En fin, qué pena, ¿no? Que tú no hayas salido parecida...